

mamarracho de verso de cuatro piés, y lo habia aprendido de memoria.

— Eso estaba malo.

— Era preciso hacer que lo olvidara.

— Si por casualidad viene, te metés luego á la recámara, habia dicho D. Martin previendo un caso.

El viajero aquel que informara á Antonio, se hallaba á su vez bien informado.

— Ya esa muchacha se le *traspapeló* á vd., le dijo.

Y así se expresó, pues que era un hombre como escribiente.

Se habia contado en aquella capital desde el gobernador hasta el último oficialillo de los que frecuentaban la casa, que en México habia un señor licenciado con talento y *todo*, que habia tiempo se moria de amor por su hija.

Pero que la muchacha jamás le habia correspondido, porque tomaba café constantemente y tosia con desesperación.

Andaba, por otra parte, medio raro y medio mal forjado.

Aquel hombre, ó mejor dicho, aquel señor licenciado, era Antonio.

Ya antes habia sido desechado otro pobre pretendiente enfermo del corazón, por enfermo del corazón.

Y otro obeso, por obeso.

D. Martin, al presente, se daba á Satanás por no haberlos preferido, ó siquiera á un señor que, segun decia, habia pretendido apoderarse de la muchacha como quien pretende tomar un *rediente* á la cabeza de la columna.

Todo hubiera sido bueno para su hija, todo, menos Antonio.

No servia este ni para un encargo.

Comprendió de un golpe que era la verdad lo que hasta entonces solo habia atravesado por su mente una que otra vez, como una de esas nubes siniestras, negras y terribles que se llaman pesadillas.

No sabemos qué oscuridad repugnante vió en torno de su novia, ni qué miseria mayor y mas baja de cuantas miserias comprendia, halló en aquel negocio embrollado, espinoso y difícil como una especie de transaccion mercantil.

Aquella rosa estaba plantada en algo muy distinto de un invernadero.

Era preciso prescindir.

Era necesario que aquella flor se marchitara sin trasplantarse, ó fuera á marchitarse al lado de un dueño.

No era para él.

Él solo hubiera sido un amante que pudo llegar hasta la categoría de marido sin dejar de ser amante.

Pero esto habia sido poco, muy poco.

Hubiera sido preciso empezar por marido.

De otra suerte, la «cuestion» era evadirse de la cuestion.

Empezaban, pues, á salir todas las bolas negras del cubilete del porvenir de Antonio.

Las flores del delirio empezaron á deshojarse de nuevo, y todo volvió á ponerse pálido y lleno de espinas.

El viajero recién llegado le habia dado á probar de un cáliz bien amargo.

Aquel *payo* recién llegado, entre frases bruscas y verdades netas, le habia hablado demasiado claro.

Y Antonio empezó á comprender que habia soñado unas cosas!

Una tontería que se llamaba Piedad;

Otra tontería que se llamaba amor.

Despertó en aquellos momentos *riéndose*.

Pero ¡qué risa era la suya!

Se fué á su domicilio, y allí, solo, se rodeó de cuantos objetos tenia de Piedad, y que tenian el carácter de prendas amorosas.

Cartas, retratos, cabellos.....
¡Qué bonito era todo aquello, y cuánto, cuánto le había dicho en el pasado!

Repentinamente cayó un rizo sobre un papel.

Aquel rizo tenía una forma circular y quedó sobre la blanca superficie, como un cero grande y sin guarismo á la izquierda.

Le tenía á la derecha.

El guarismo era el mismo Antonio.

A su izquierda, esto es, en lugar del pasado, el símbolo ó signo de la nada.

Después él.....

A la derecha el vacío.....

¡Ah!..... ¡No!.....

Había caído allí una trinitaria.

Aquella *viola bicolora*, que así nos parece que la llaman los botánicos, hizo saltar una chispa de luz en medio de las tinieblas que poblaban el mas allá de Antonio.

—¡Oh! ¡qué linda morena! exclamó arrojando un suspiro húmedo de lágrimas interiores.

Y en seguida se puso á escribir.

El sollozo no había sido para Piedad!

La carta era para ella.

Estaba Antonio hundido en un *dédalo* de sentimientos, sensaciones, recuerdos y esperanzas, embrollado de tal manera, que ni él mismo lo entendía.

Sentía desprenderse de no sabemos qué ligaduras, para volver á qué sé yo qué mundos desconocidos.

Eugenia, con sus ojos negros y chispeantes, con su fisonomía atractiva, con su tipo de vírgen, medio envuelta entre la penumbra de la recámara, le veía atentamente y con aire melancólico.

Parecía la figura de un ángel, empezada con los brillantes colores de una paleta mágica sobre el fondo de un lienzo sombrío.

Antonio comprendió que entreveía el cielo al través de la tierra, después de haber comprendido el mundo al través del cielo.

Se *apercibió* de lo que le había pasado, de lo que le estaba pasando y de lo que le iba á pasar, y prorumpió de nuevo en carcajadas dignas de Demócrito.

Así fué como acabó de escribir su carta á Piedad.

Hubiera deseado meter sus manos en guantes para acabar aquella carta.

Le había causado tal impresion lo que el recién venido le contara, sintió que le rodeaba algo tan humillante, y veía algo tan sucio en todo aquello, que no hallando en torno suyo sino manchas, se creyó manchado él mismo, y sus manos y su frente llenas de sombras y borrones.

La buena fe suele viciarse tanto en ciertos corazones, que cuando hallan la deslealtad, prefieren imputársela á sí mismos á atribuirla á otros.

Porque la buena fe gusta generalmente de engañarse á sí misma.

Por esto es que hay mentiras sublimes.

Por esto es también que hay ficciones santas.

¡Cuántas veces se perdona porque no se puede odiar!

Se nos figura que una vez el Padre Celestial vió el mundo demasiado sucio.

Esto no podía ser. Lo amaba demasiado.

Y entonces se arrancó el Corazón del pecho, y lo arrojó, goteando sangre, al mundo, para lavarlo.

Aquel Corazón fué Cristo.

¡Oh!..... ¡Perdonar!.....

Perdonar es transformar el sepulcro en cuna; es decir al cadáver de Lázaro:

— ¡Levántate!

¡Y ver que un esqueleto abandona su polvo, y que se os torna un ángel y que se precipita en vuestros brazos llorando de ternura!.....

Antonio habia puesto en su carta estas palabras poco más ó menos:

«Eres ingrata;»

«Eres desleal;»

«Eres perjura;»

Pero te perdono.....

Aquella carta fué á dar á manos de D. Martin y á exacerbarlo del todo.

Fué, como quien dice, el *golpe de gracia*.

— Te perdona, ¿lo oyes? te perdona ese hombre.

«Te perdona el haberte quitado el tiempo.

«El haberte hecho malaobra.....»

«El haber jugado contigo y conmigo.

«Mejor hubiera sido el que con tiempo hubiera pensado menos en locuras y hubiera aprovechado el plazo que se le dió para buscar un empleo, para hacerse licenciado, ó para ser algo.....»

«Es indisputablemente necesario que hoy mismo acabe este eterno *perdedero* de tiempo.....»

«Voy ahora mismo á contestar esta carta.....»

— Pero, *papaíto*.....

— Si no tiene esto remedio.... ¿Qué esperas de ese hombre?

«¡La miseria, el oprobio!

«Esto será lo único que pueda legarte ese condenado coplero.»

«Yo no estoy por ahí, ni debo tampoco dejarte ir á ese precipicio.

«Hoy queda roto eso.....»

— Pero, *papá*.....

— Pero hija, no debo permitirlo, y no lo permitiré.

— *Pues que se haga lo que tú quieras, papaíto*.....

Y la jóven pronunció estas palabras casi conmovida.

¡Es triste decir un eterno «adios» hasta á la nube de humo que en sus instables y vagos contornos pudo dibujar un instante en el vacío y á nuestra presencia, ya el contorno de una vaporosa sílfide y el de un anguloso demonio, ya el de una ridícula caricatura!!!

Qué sé yo qué buen destino determinó á Antonio á pedir á Piedad una solución definitiva de aquel símbolo—charada que entrambos habian confeccionado, dándole la forma de un corazón.

Necesitaba nuestro jóven despertar bien, y el resultado de aquel paso debería venir á imprimirle toda la lucidez de la perfecta vigilia. Se habia envenenado con un perfume demasiado sutil, demasiado espiritual, y estaba muriendo sin sentirlo.

A vuelta de correo le llegó una receta.

«Es enteramente inútil que se dirija vd. de nuevo á mi hija, pues nada tiene vd. que esperar de ella, que jamás se resolverá á unirse con quien no pueda ofrecerle otro patrimonio que la miseria. Por delicadeza debe vd. prescindir y retraerse. Por lo demás, y con cualquiera otro motivo que no sea este, me tiene vd. como su, &c.»

— ¡Ah! murmuró Antonio, afectando la mayor tranquilidad. Este es un juicio de esperas y no se me conceden. La resolución del negocio era apremiante y mis moratorias injustificables.

¡Bah!..... Debí pensarlo antes.

¡Qué gentes!.....

¿Y Piedad está de acuerdo con esto?

Sin duda. Ella está de acuerdo en todo con D. Martín.
Esta es la resolución definitiva á que aludió en el teatro.
Fuí una cosa que supusieron serviría para marido; pero me eché á perder, ya no les sirvo para nada.

Paciencia.

Creo disuelto mi compromiso y salvado mi honor.

Ya se acabó esto.....

¡Se acabó sin remedio!.....

¡Lástima! Esta muchacha tiene bonitos piés, y una voz tan dulce!.....

No nos convendría sin duda.

Adelante.....

Y Antonio se dirigió al cajón de su mesa y extrajo de nuevo cuantos objetos conservaba, recibidos de Piedad.

Formó con ellos un pequeño bulto.

Encima escribió la dirección.

Después volvió á guardarlo todo, diciendo por una sola vez y de un modo solemne:

¡¡¡Adios!!!

Puso en seguida en el bolsillo la carta de D. Martín y salió con ella á buscar á Máximo.

— Mejor hubiera sido que ellos hubiesen hablado mas claro, y decia.

«O que yo no hubiese hablado cosa alguna,» pensaba.

No podia ni apenas encubrir su despecho.

Antonio no era por cierto una excepcion en materia de perversidad.

Tenia pasiones, pero nobleza: amaba pensando.

¡Pensaba amando!

Fué siempre este su constante pensamiento.

Entrar á las pasiones pária;

Salir caballero.

Pero aquella gente no pudo comprender esta especie de teología platónico-caballerosa.

Para ellas no pasaban tales sentimientos de una de dos cosas que se explican en estas palabras:

«Jerigonza.»

«Ridículo.»

¡Oh! ¡qué Antonio!

¡Cuánto hizo sufrir á D. Martín y cuántos sufrimientos ocasionó á Piedad!

Hasta que se resolvieron por fin á despreciarle.

Pero por mas que hizo, no pudo sentirse despreciado.

Tuvo que jugar un poco el papel del decepcionado.

La verdad es que todo lo esperaba de una manera vaga, instintiva y casi sin apercibirse de que lo esperaba todo.

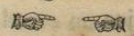
No sabemos qué sintió cuando vió que era cierto.

Aquella página amorosa habia sido escrita «toda» con letra *bastardilla*.

Fué un episodio de su vida de iluso, *entrecamado* enteramente.

Entonces, sí, pudo darse cuenta de que habia notado un *no sé qué* de *subrayamiento* y de *entre paréntesis* en todas las miradas y en todas las sonrisas de Piedad, y en toda la política deferencia de que habia sido objeto por parte de D. Martín.

Toda aquella historia de amores, pudo ó debió ser escrita y quedar consignada en un párrafo encerrado entre esta doble figura:



Y Antonio lo equivocó todo, y todo lo echó á perder.

No se le habia exigido ciertamente *dinero*.

Esto hubiera sido *altamente* «bajo» y enteramente brusco.

D. Martín era hombre que *la entendia* de vez en cuando en materia de apreciaciones, y comprendia que hay casos en

los cuales conviene hasta cierto punto no revelarse del todo *yankee*.

Habia salvado hasta donde habia sido posible cierta cuestion puramente «de apariencias.»

Repitámoslo. No habia exigido *dinero*, sino *posicion*.

La *posicion* á que ahora nos referimos, es una especie de dinero que no siempre rueda, que no siempre suena y que algunas veces es *falso*, lo cual suele importar poco.

Es, por otra parte, el recurso decente para lanzar á uno *enhorabuena* ó *enhoramala*.

Segun.....

Nadie se atreve, por ejemplo, á preguntarle hoy á un novio sobre sus garantías para lo futuro, con estas palabras:

«Y vd. ¿cuánto dinero tiene?.....»

Esto seria grosero, injurioso, terrible.

Pero nadie extraña que se le dirijan estas palabras:

«Sírvase vd. «indicarnos» *algo* acerca de su *posicion*.»

Esto ya es otra cosa, y todo el mundo lo tolera y aun lo acepta.

La *posicion social*, lo repetimos, no es *dinero*, no es precisamente una *moneda*, sino una especie de *crédito*, *billete de banco*, *libranza* ó *bono*.....

Es un artículo de comercio, una necesidad ú objeto puramente mercantil.

La «*posicion social*» huele *de á legua* á «casero,» «tienda de abarrotes,» «cajon de ropa,» &c.....

Máximo insistió en darle muy buenos consejos.

—Si hubieras tenido dinero, te hubieras hecho esperar *años* y *felices dias*.

Yo siempre te lo he dicho.

Eres un capitalista especulador del veinte por ciento de *estrellas*.

Las *muchachas todavía ahora* gustan de ir á hacer efectivos sus amores en «los precios de Francia.»

¡Quita allá, bandido!

Te has robado á tí mismo «pistola en mano.»

Hiciste un Momo de la sociedad y de la vida, y ahora la vida y la sociedad se te rien á dos carrillos.

Corredor entre los ángeles y *los bestias*, ¿á cómo el almud de luceros?.....

¿Cómo se entiende *eso* del tanto por ciento entre nubes?

El tata D. Martin te manda á procrear querubines *en case el quinto demonio*.....

Bien hecho.

Tú has de ser descendiente de algun *remolino*, como decimos nosotros:

O de alguna *vorágine*, como dicen vdes. los poetas.

Pero ¿me das un platillo mas insípido que la tal poesía?

¡Vaya una *escamocha* de nubes y sombras, de rayos de sol y purpurinas camelias, de labios de coral y codos rotos!

¿Eso piensas darle *de comer* á la *pobrecita* de Piedad?

Lo primero que hará será sin duda abortarte una égloga mal forjada y verdaderamente digna de un autor principiante!

¡Qué Antonio este!

¡Quedaste fresco!.....

¡Triple, cuádruple, múltiple animal!.....

Deja ya la cabeza por el chaleco.

Las ideas bellas y originales están caras en un décimo y hasta en un vigésimo.

¿Quieres un *toston* por tus talentos?.....

¡Anda, hijo, para sacarlos de aquí con pala y mandarlos tirar á la basura *mañana temprano*!.....

Pues señor.....

¡Los hombres de talento suelen hacer unas tonteras!.....

¡Y esa palomita que tal vez te traía *un maíz* de oro en su piquito color de rosa!.....

Tienes roto el bolsillo de las ideas provechosas y *las andas* *derramando* por la calle. ¡Tonto!

Eres un puro empezado; pero por lo mismo *infumable*.

La cabeza ardiendo..... el asiento mojado.

Te estás *desbaratando*.

Saliste mentira.

A lo lejos cualquiera creería que tú fueses un hombre.....

¡Jí! ¡jí! ¡jí!..... ¡Qué chasco!.....

Ahora que estás *vacante*, no pasas de un *cuchitril* vacío.

Muy alto: *un quinto piso*, como se dice en Francia.

Ponte *cédula* en la frente, hermano; estás desocupado!.....

¡A ver si te toman dándoles fiador y renta adelantada!

No seré yo el primero.....

Y dime, ¿no te cobra el papá daños y perjuicios?

¡Embudo le parecía á esa criatura el tal *amorío* al salir de él!.....

Pero vamos claros:

¿Tienes ó no tienes remedio?.....

¿Seguirás adelante, ó seguirás atrás?

¡Desínflate!.....

Esta *tirada* de «figuras» produjo en Antonio un efecto excepcional.

Pasó del sentimiento á la altanería:

No quiso quedar simplemente en la dignidad.

Inmediatamente se levantó, y fué á *remitir* á *Piedad sus cosas*, bajo cubierta.

Aquellos amores, sin embargo, no habian trascurrido «bajo cubierta.»

Tampoco quedaba así el amor propio, herido profundamente en Antonio.

El desprecio en él fué la forma que tomó el despecho.

Se exasperó por no haber podido probar todo lo que necesitaba.

Sentía que le habian devuelto su puñado de teorías arrojándoselas á la cara.

Hubiera querido morir de otra cosa que de esa enfermedad que se llama «amor propio ultrajado.»

Sentía que le pesaba en el bolsillo su pistola.

La acarició, considerándola como una especie de llave muy á propósito para abrir la puerta que comunica del mundo á esa mansion lóbrega y desconocida que se llama eternidad.

Tenia entre los labios una flor y la escupió.

Sentía muy al vivo que le estaba pasando lo que todos expresan con estas palabras:

«Darse á doscientos mil demonios.»

Máximo tenia razon y no podia contestarle una palabra.

Antonio habia siempre acostumbrado *echar* al mundo, á la sociedad, &c., á lo que la gente ordinaria llama *el tal*.

Él era quien sentía *irse*.

Era un *calavera* sin *canillas*, y se lo echaba en cara como si se hubiera tratado del *alter* indispensable en toda interlocucion.

Se sintió solo, vacío, débil, raquítico.

No sé qué sogá, á la que estaba adherido para *encaramarse*, adonde todos *trepan*, se le habia roto repentinamente, y Antonio caia perdiéndose.

Al caer, sintió que iba á hundirse y perecer en ese mar muerto, en ese océano fétido de la miseria del alma, de la miseria del cuerpo, de la miseria de la sociedad.

Se estremeció con los vértigos de la agonía.

Es horroroso naufragar en ese piélago de ondas que se rompen como harapos en derredor de una víctima para abismarla.